
PRESENTACIÓN

POLÍTICAS DE LA MEMORIA Y DE LA IMAGEN

ENSAYOS SOBRE UNA ACTUALIDAD

POLÍTICO - CULTURAL

DE LUIS GARCÍA

SERGIO ROJAS

Si pensar implica hoy extrañarse ante un sentido común penetrado por la lógica del mercado y la estética del espectáculo, demorarse en las «evidencias» hasta socavarlas, conquistar esa especie de «incomprensión» de la realidad que hace posible las preguntas, entonces el lugar del pensamiento parece muy difícil de elaborar en la política, especialmente cuando la relación de ésta con la realidad tiende a resolverse como cálculo económico y estrategia mediática. Enfrentados a la tarea de intentar pensar el tiempo que nos toca vivir, a partir de un pasado en que el horror, la desilusión y la confusión no han dejado nada intacto, tenemos por delante no sólo el porvenir, sino también ese pasado cuya comprensión aún está pendiente, como una deuda.

El presente libro de Luis García aborda los temas de las políticas de la memoria, el tiempo de post-dictadura, las imágenes de lo impresentable, las tensiones y silenciamientos en el debate político en la actualidad del mercado, la posibilidad de una autocrítica de «las izquierdas», la figuras de la alegoría y el montaje como recursos de la representación en un presente que se reconoce en medio de las ruinas de utopías que no se realizaron. García desarrolla estos temas en relación con la historia reciente de la Argentina, reflexionando críticamente las contradicciones, los crímenes, las tensiones y la hipoteca ideológica de un tiempo que va desde la dictadura hasta la actualidad. Se trata, por lo tanto, de un libro escrito desde la Argentina, pero no «sobre» la Argentina, sino que, por el contrario,

proyecta los temas mencionados hacia los elementos que articulan eso que podríamos denominar nuestra «experiencia latinoamericana», hoy referida ante todo a la crisis y agotamiento de sus propios recursos de comprensión. García escribe con una informada lucidez en la que se articulan el análisis político, la reflexión estética y el pensamiento filosófico orientado hacia la comprensión de un tiempo –el presente- que intenta construir la representación de un futuro posible desde las ruinas.

La falta de diálogo y debate que observamos en el «presente neoliberal» del planeta no se debe simplemente a una falta de voluntad teórica y política, sino al modo en que de pronto «el futuro» –capturado por el imaginario del desarrollo económico- pareciera ya no construirse desde el pasado, sino desde el olvido de éste en un presente «planetarizado».

En Chile, en los primeros años de lo que se denominó –bajo el gobierno de la Concertación- la «transición» desde la dictadura hacia la democracia, las autoridades políticas debían asumir la tarea de sancionar los crímenes cometidos por los organismos de seguridad de la dictadura de Pinochet. Pero el fin de la dictadura no se había producido sólo por las movilizaciones de la ciudadanía, sino también y de manera muy importante por negociaciones y acuerdos de todo tipo en las cúpulas del poder. Por lo tanto, la tarea de hacerse cargo de las violaciones a los derechos humanos no tenía un itinerario prefijado. ¿Cómo hacerlo? Chile contaba con dos «antecedentes» directos: Uruguay y Argentina. El primero significaba una «ley de punto final», apostando por la urgencia de «mirar hacia el futuro»; el segundo implicaba los problemas –aparentemente sin solución política y jurídica posible- que eran inherentes al deber asumido de intentar investigar y sancionar todos los crímenes cometidos bajo la dictadura de los militares. Bajo el imperativo político y económico de una «reconciliación nacional» a corto plazo, Chile optó por lo que algunos consideraron una especie de «salida intermedia»: investigar (como en Argentina), pero no sancionar (como en Uruguay). Es decir, se debía, en alguna medida, sacrificar la justicia –no sancionar a los criminales- en favor de la verdad –saber *dónde están* los cuerpos de detenidos desaparecidos. Asistimos a la paradoja de un «perdón» sin culpables. Desde entonces el tema pendiente de los Derechos Humanos ha pesado como una sombra

sobre los procesos de modernización que nuestros países han ido implementando, en un contexto caracterizado por los procesos de globalización del capital, el desarrollo de las redes de información en una escala inédita y el pregonado «fin de las ideologías».

Paralelamente a la implementación de las políticas neoliberales en gobiernos democráticos, se fue instalando con mucha fuerza, acaso al modo de una «compensación» ante los crímenes que permanecían impunes, la necesidad de una *memoria* que, más allá de los necesarios análisis historiográficos y diagnósticos políticos, constituyera un cuerpo para lo pendiente, una subjetividad que diera lugar a lo que aún no tenía lugar. Se trataba de una memoria hecha de testimonios, fotografías, relatos, archivos, cartas; es decir, una memoria cuyo cuerpo astillado, fragmentario y en ocasiones contradictorio daba cuenta también de la catástrofe.

Ahora en Uruguay se ha declarado inconstitucional la Ley de Caducidad que impedía investigar y sancionar los crímenes de la dictadura; en la Argentina se ha procedido a denegar las denominadas «leyes del perdón»; en Chile, aunque se ha avanzado, el tema es aún difuso (basta considerar cómo se dividió la opinión pública ante la detención de Pinochet en Londres en octubre de 1998), y entonces nuevamente, veinte años después, Uruguay y Argentina devienen importantes antecedentes para el debate en nuestro país. Esto hace posible la inscripción de este libro de Luis García en la reflexión y discusión teórica y política que ha comenzado a reactivarse entre nosotros. Por cierto, no se trata simplemente de «volver al tema», sino de abordar en la actualidad con voluntad teórica y política los crímenes encriptados en nuestra historia contemporánea; algo que nos exige precisamente comenzar a desarrollar un trabajo de comprensión de esa historia, interrogando las paradojas, violencias y horrores que han sido silenciados cada vez que se levantan los discursos de la «identidad histórica» de la nación o cuando la historiografía ha oficiado una función pedagogizante. Actualmente, disciplinas que se habían distanciado entre sí debido a celos epistemológicos a veces incomprensibles —es el caso de lo que ha ocurrido en nuestro país entre la historiografía, la sociología y la filosofía—, comienzan ahora a dialogar en las voces de las nuevas generaciones de investigadores.

En el campo de las artes (especialmente en fotografía, cine y teatro) existe hoy, en los creadores jóvenes, un trabajo sostenido en torno los recursos técnicos y estéticos de la representación. En efecto, a propósito de lo «impresentable» de ciertos acontecimientos, se ha venido desarrollando una importante línea de producción artística en torno a las figuras del poder y a los límites de las imágenes. Las representaciones, en general, no pueden darnos noticia de lo real si no es *ocupando su lugar*, el lugar de lo que no está. Luis García aborda, en toda su complejidad, el debate político y estético en torno a cierto tipo de imágenes fotográficas en la Argentina relativas a los detenidos desaparecidos, incorporando en esta reflexión los discursos filosóficos que han circulado recientemente en Europa a propósito de las imágenes de Auschwitz y de lo que se ha denominado «el consumo del Holocausto». En efecto, aquella voluntad de saber, que se satisface en la contemplación de fotografías del Holocausto, se subordina a un voyerista y perverso *deseo de ver*, lo cual contribuiría al fenómeno de «consumo del Holocausto». En este sentido, el deseo de ver se proyectaría sobre una imagen que, lejos de presentar los hechos mismos en su horror, opera más bien como una textura que re-cubre los acontecimientos en el proceso de presentarlos, porque se trata de imágenes destinadas al *consumo*. García analiza y contrapone, en el marco de conceptos elaborados en la estética benjaminiana, las formas de representación que corresponden a la melancólica meditación de la alegoría y la construcción filosófica del montaje.

¿Existen imágenes del horror?, ¿cómo se sustraen esas imágenes a las lógicas del consumo hoy dominantes? La representación nos impone su propio *espesor significante*, como una pantalla que compromete internamente entre sí a la subjetividad y la imagen, silenciando en ésta su supuesta dimensión ontológica. Una reflexión análoga se desarrolla en el campo de la historiografía, en que la «sustancia narrativa» del discurso hace emerger la dimensión estética de un relato que, sin embargo, se ha construido para ser recepcionado conforme a la expectativa del saber. Esta reflexión de la historia nos envía hacia el «giro lingüístico», precisamente allí en donde la conciencia acerca de la *magnitud de los procesos* –políticos, sociales y económicos– nos anticipa que el resultado será siempre una elaboración del pasado por

obra del presente. Bajo estas condiciones los convulsionados años setenta retornan hoy para el pensamiento.

El siglo XX que acabamos de abandonar –el siglo de los campos de concentración- y el siglo en el que nos hemos iniciado desde hace apenas poco más de una década, nos han arrojado a un mundo de magnitudes inéditas, una realidad desmesurada y ajena que desborda nuestras formas de percepción, también nuestras categorías de comprensión. En este horizonte, Luis García reflexiona el proceso histórico y político que ha seguido la izquierda en la Argentina, analizando un debate cuyos rendimientos se proyectan críticamente sobre el coeficiente de futuro que ha sido esencial a la izquierda en general. La pregunta es fundamental: ¿sobrevive la izquierda al aparente agotamiento de la idea de Revolución? La cuestión implica esta otra: ¿es posible una crítica de la izquierda desde la izquierda? Por lo pronto, la izquierda hoy se relaciona más bien con las poéticas de la memoria antes que con las representaciones del futuro. Aquellas interrogantes vuelven sobre el problema de la política en la época de la técnica, en que algunos sectores de la izquierda plantean el *mea culpa* de «haber querido el bien de una manera que sólo podía conducir al mal». Paralelamente, desde la derecha, se plantea la necesidad de una «memoria completa», reenviando hacia el olvido los crímenes en virtud de una supuesta democratización de la culpa.

Entonces, la manera esencialmente moderna de imaginar y proyectar la historia, animada en los 70' por el sentimiento extremo de un futuro inédito por venir, ha quedado radicalmente alterada por la conciencia de aquello que en la historia *no debe volver a ocurrir*. Los hechos del horror han penetrado de negatividad la experiencia de la temporalidad. Como sugiere Luis García: hoy la construcción del futuro cede ante la deconstrucción del pasado. Los ensayos que conforman este libro exponen un sostenido intento por pensar el presente, examinando las representaciones que se disputan la verdad de su historia.

